

CATECISMO
DE
LOS NOVÍSIMOS

CON INDICACION DE LOS MODERNOS ERRORES EN
EL PARTICULAR.

POR

G. Ch. Pbro.

Memorare novissimam tuam. (Eccli. VI. 4)
Haz memoria de tus novísimos.

(CON LICENCIA ECLESIASTICA)



MEXICO

Impresores «J. de Elizalde,» Puerta Falsa Santo Domingo 5

1903

37

LOS

CON INDIC

305

002237



1080015113



XXIX CATECISMO DE PROPAGANDA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CATECISMO
DE
LOS NOVISIMOS

CON INDICACION DE LOS MODERNOS ERRORES EN
EL PARTICULAR.

POR
G. Ch. Pbro.

*Memorare novissima tua. (Eccli, VI.)
Haz memoria de tus novísimos.*

(CON LICENCIA ECLESIASTICA)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MEXICO

39872

Talleres «J. de Elizalde,» Puerta Falsa Santo Domingo 3

1903



CATECISMO
DE
LOS NOVÍSIMOS

CON INDICACION DE LOS MODERNOS ERRORES EN
EL PARTICULAR.

POR
G. Ch. Pbro.

{ Memorare novissima tua. (Eccli, VI.)
{ Haz memoria de tus novísimos.

(CON LICENCIA ECLESIASTICA)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MEXICO

39872

Talleres «J. de Elizalde,» Puerta Falsa Santo Domingo 3

1903

BT 823

C43



El Ilmo. señor Obispo de León
se dignó conceder cuarenta días de
indulgencia, por la lectura de este
Catecismo.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ.



CATECISMO DE LOS NOVÍSIMOS

I

Lo último, al último. — ¿Qué son los novísimos? — Desatinos. — Flammarion. — Males por no creer. — Remedios.

¿Porqué escribís ahora de los novísimos?

Porque novísimos, ó los más nuevos, quiere decir, los últimos, y es justo escribir á lo último de lo último. Así completaremos la serie de catecismos que hemos ido publicando.

—¿Decís que novísimos quiere decir últimos?

—Evidentemente, pues lo más nuevo es siempre lo último. Y por eso se

002237

llaman también postrimerías, pues en castellano, á la *postre* quiere decir al final, y *postrero* se dice de lo que llega al fin.

—¿Cuántos y cuáles son los novísimos ó postrimerías?

—Como lo último de la vida es la muerte, y después de ella sigue el juicio, en el cual se da una de dos sentencias, ó la de gloria ó la de infierno, de allí es que se cuentan cuatro novísimos ó postrimerías del hombre: la muerte, el juicio, el infierno y la gloria.

—¿Y por qué se calla el purgatorio?

—Porque no es lugar definitivo, sino temporal de purificación, después del cual se pasa á la gloria.

—¿Y hay quién ponga en duda los novísimos?

—Los impíos é incrédulos ya que no pueden negar la muerte por ser tan positiva que se mira y se toca y aun se huele, dicen que la muerte es la vuelta á la nada, que al morir nada queda del hombre, sino los residuos de la materia que entran de varios mo-

dos al gran laboratorio de la naturaleza. Y así, si la muerte es la nada, ya no hay juicio, ni gloria ni infierno. Otros dicen que el alma, á la muerte, va á vagar por los espacios interplanetarios y á purificarse indefinidamente. Desatinos todos de los antiguos filósofos y errores crasísimos mil veces desbaratados.

—¿Qué podría contestarse en la práctica á los que así piensan?

—Decirles solamente que aguarden un poquito y se desengañarán por sí mismos; que ya verán cómo si los cuerpos entran al gran laboratorio, las almas también entran al gran crematorio situado en el centro de nuestro globo.

—Y ¿de dónde vienen las malas ideas tan extendidas?

—De la educación atea de las escuelas, de los perversos impresos que circulan profusamente, en los que va la ciencia envuelta en novelas y saturada de blasfemias. Tales son, por ejemplo, las novelas de Flammarión, uno de los sabios más impíos de nuestra época.

—¿Pues no escribió este astrónomo un libro titulado «Dios y la Naturaleza»?

—Cierto, y es hermoso libro; sólo que en él, el autor es panteísta de cabo á cabo y debió llamar á su libro: «Dios es la naturaleza, ó bien,» la naturaleza es Dios.» Todos estos positivistas son ateos, y aunque hablan de Dios pomposamente, nunca es del Dios personal uno y eterno, ni menos del Dios Redentor con quien tienen guerra abierta. Contra todo esto no hay más remedio que la doctrina cristiana y la educación cristiana.

—¿Y el no creer en los novísimos acarrea algunos males?

—No algunos, sino muchos, muchísimos: sin el temor de las penas eternas el hombre marcha como caballo desbocado empujado por las pasiones, se convierte en un monstruo, los delitos se multiplican, y más que todos el suicidio, que se ha hecho ya muy popular. En efecto, el hombre, fastidiado de la vida, devorado de la pobreza, sacudido por pasiones no satisfechas,

si no cree en la vida futura obra lógicamente al dejar una vida que le estorba. Dos yankees en distintas ocasiones (según los diarios anunciaron), se pegaron un tiro mortal por no soportar un dolor de muelas! No hay argumento que convenza al suicida si nada teme ni nada espera después de la muerte. Estos no hicieron más que aplicarse un remedio radical. No más dolor de dientes.

¿Y cómo podrán aplicarse los remedios antes insinuados?

—Propagando la enseñanza católica, fomentando las escuelas católicas y las publicaciones católicas, distribuyendo buenos libros y quemando los malos; nó metiendo al seno de las familias malos periódicos ni novelas, cuidando de hacer asistir á los niños á los catequismos parroquiales, alejarlos de las perversas compañías; en una palabra: inyectando el fluido católico en las venas de la sociedad emponzoñada.

La muerte natural y sentenciada.—Su diversidad.—Única de temer.—Buena y mala.—Séneca y Epícteto.—La Iglesia y el mundo.—Cuatro caracteres.

—Empezad, pues, á explicar los novísimos. ¿Qué es la muerte?

—No háy necesidad de definirla por no haber cosa más conocida. Es la separación del alma cuando deja al cuerpo solo, el cual se disuelve y se corrompe.

—¿Es cosa natural la muerte?

—Generalmente hablando sí lo es, porque todo lo que se compone de partes perece por su disgregación, y así vemos que muere todo lo que tiene vida: las plantas, los brutos y el hombre. Pero, no obstante, como el alma es la forma del cuerpo y las formas no abandonan su materia, el hombre no debía morir y la Escritura Santa dice que "Dios crió al hombre inmortal, (Sap. II, 23)." y que "Dios no hizo la

muerte; sino que por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo." (Ibid., 24.)

—¿Como debemos, según eso, ver á la muerte?

—Como una sentencia capital fulminada contra un reo: Está decretado dice el Apóstol, que los hombres mueran una sola vez. (Hebr.; IX 27.) Y aun esto confunde á los que creen que anda el alma por los espacios animando á otros seres, porque entonces teniendo varias vidas, tendría más de una muerte.

—¿Y de cuántas maneras es la muerte?

—De tantas que son incontables: hay muerte larga, corta y cortísima, como la de un rayo; hay la muerte natural y la violenta; la muerte por arriba, caída de una teja; por abajo, caída en río ó pozo; por el frente, una bala; por la espalda, un puñal; por el derredor, un contagio; por dentro, un ataque de epilepsia ó apoplejia; hay la muerte tranquila y la muerte dolorosa; la

muerte con asistencia y la muerte con desamparo, etc., etc.

—¿Cuál de todas es más de temer?

—Ninguna; siempre ella es una; las diferencias son muy accidentales. Una sola hay que temer y con innienso terror.

—¿Cuál es ella?

—La muerte en pecado mortal, la muerte desapercibida como la llama la Iglesia. De todo género de muertes han muerto los santos: los mártires de muerte violenta, (y ya van treinta millones!) El Avelino y el de Sales, de apoplejía, Javier abandonado y sin sacramentos, un santo estilita fulminado por un rayo. Y la muerte de los santos la declara Dios «preciosa.» (Ps. CXV, 15.) Al contrario, muchos mundanos mueren bien asistidos, esmeradamente curados, sumamente sentidos, y en numerosísimo cortejo llevados á un rico monumento; y no obstante, el Señor también ha dicho: «la muerte de los pecadores, pésimal» (Ps. XXXIII, 22). Así, la diferencia que hace Dios es una sola; muerte de

los santos ó en gracia, *preciosa*; y muerte de pecadores ó en pecado, *pésima*. Toda otra circunstancia no importa nada.

—¿Qué medio, pues, para alcanzar muerte feliz?

—El único seguro es llevar buena vida, preparar de lejos la muerte, y para esto no olvidarla nunca. Hasta sabios paganos como Séneca y Epicteto recomendaban como útilísima y provechosa la memoria de la muerte. Pero sobre todo, el Espíritu Santo dice: «Haz memoria de tus novísimos y nunca pecarás» (Eccli. VII, 40.) Y la Iglesia con su litúrgica fúnebre, con su campana lúgubre, con el negro color de sus vestiduras, y sobre todo con la misteriosa ceremonia de la ceniza con que abre la Cuaresma, procura refrescarnos siempre la memoria de la muerte.

—Y, sin embargo, parece estar muy generalmente olvidada!

—Porque el mundo hace cuanto puede por olvidarla; aleja los cementerios, poniéndoles el nombre

de panteones, (1) que no hace al caso; so pretexto de higiene, no sólo retira de la vista esos lugares, sino que los embellece, los convierte en hermosos jardines con grandiosos monumentos; promueve paseos con desórdenes y comilonas en el día de la conmemoración de los difuntos para alejar á los fieles de los templos y de los funerales, y atraerlos al lujo en los sepulcros, y con las coronas que la Iglesia tiene prohibidas como uso pagano. Pinta, decora y hermosea los ataúdes para que no impongan ni impresionen; arroja á la Religión de las tumbas; hace veladas con músicas y cantos en sufragio de sus difuntos, y por fin, prohíbe severamente por sus leyes los toques fúnebres de las campanas. ¡Guerra al recuerdo de la muerte!

—Es muy cierto todo ello. Mas ¿qué inferis de aquí?

—Infero que mucho debe aprove-

(1) Cementerio significa, dormitorio, recuerdo la resurrección. Panteón el sitio de todos los dioses!

char la memoria de la muerte para que el demonio y el mundo tanto la persigan. Y aun hay más, se va perdiendo la costumbre del luto, hay que darse prisa á olvidar á los que mueren; hay paseos y hay palcos en los teatros de las grandes ciudades para las familias que guarden luto; se van perdiendo los nobles afectos de familia y ya es hoy de mal gusto mostrarse sensible á la pérdida de sus deudos. Podríamos citar palpitantes ejemplos, pero sería superfluo: todo el que tenga ojos para mirar puede observarlo. Hacer, pues, olvidar á la muerte, es el prurito de la época, para no turbar los goces, y ese prurito llega hasta alterar los vínculos sociales y los afectos domésticos.

—¿Mas no sería hácernos la vida triste y fastidiosa el traer siempre la muerte presente en la memoria?

—De ninguna manera. Los santos no la olvidaban jamás y vivían contentos, y su trato era afable y su conversación dulce y agradable; las pasiones son las que amargan la vida y

agrian el carácter: la memoria de los novísimos rectifica la conciencia, da gravedad á las ideas, tranquiliza el ánimo, y no daña en nada á la urbanidad y buenas maneras.

—¿Y qué caracteres de la muerte importa más recordar?

—¡Cuatro: que es universal, y por esto inevitable; que es única y en consecuencia irremediable; que es inciertísima en sus circunstancias, y por esto muy temible, y que es sentencia capital al delincuente, y así debe ser humildemente aceptable.

III

El testamento.—San Francisco.—León XIII.—El dinero y la instrucción atea.—Leyes contra la Iglesia.—Medio expedito.—Ejemplo de los santos.—Cuidado de los deudos.— Libros.

—¿Cuál será muy conveniente disposición para la muerte?

—La disposición de los bienes hecha en el testamento.

—¿Qué es testamento?

—La testificación ó manifestación que se hace de la distribución de los bienes de fortuna para después de la muerte. Se hace en documento escrito, ante un notario y con testigos como dispone la ley.

—¿E interesa en conciencia el verificarlo?

—Basta decir que el glorioso patriarca San Francisco de Asis, en la regla que dió á los seglares, puso la condición de que habian de hacer su testamento al ingresar en la Orden Ter-

cera, y esto en el término de tres meses. Y el Sr. León XIII, en la regla mitigada, mantiene viva esa disposición, si bien no la sujeta á término tan perentorio. La falta del testamento origina desavenencias entre los hijos y hermanos del difunto, pleitos judiciales y odios profundos y duraderos entre las familias. En nuestros días hay otro mal de incalculables consecuencias: la absorción de los capitales por el fisco, pues en los intestados la parte de éste es muy grande, si nó lo abarca todo.

—¿Y por qué llamáis ese participio de incalculables consecuencias?

—Porque como esos fondos se destinan casi en su totalidad á la instrucción pública, que hoy es la corrupción pública de la juventud, que estudia libros ateos y sale inmoral é impía, no se pueden calcular las trascendentales consecuencias de esa instrucción en jóvenes que mañana ocuparán las curules y legislarán con el furor sectario en contra de la Iglesia. Creemos que no carecerá de grave pecado el dejar

por incuria que pasen las fortunas á fomentar la guerra contra Cristo!

—¿Pues no se dice que las leyes en el caso atan las manos?

—Muy cierto es, y son dictadas con especial estudio á fin de impedir por todos los medios las donaciones de los fieles, y aun sus restituciones á la Iglesia; pero eso no debe impedir el hacer testamento ni el dejar á su alma favorecida en la distribución de sus bienes. La ley sólo impide las donaciones en bienes raíces, pero no otras, si bien las grava fuertemente. Hay que aconsejarse con personas prudentes é instruidas.

—Siempre hay grandes dificultades.

—Cierto; pero hay un medio de beneficiarse á si mismo con lo suyo, fácil, expedito, seguro, é inaccesible á los ataques de las leyes, medio que mucho hemos aconsejado en la práctica y que varias personas han aprovechado persuadidas de su eficacia.

—Apresuraos á mostrar ese medio.

—Helo aquí sencillamente: "Haz tú mismo en vida lo que otros quizá no

puedan hacer por ti después de tu muerte." En efecto, ¿por qué no cooperar para el culto ó decoro de los templos, para los asilos y hospitales, para el auxilio de los parientes pobres desde en vida, para que poco quede ya que hacer después de ella?

—Pero ¿no podría uno empobrecerse de ese modo?

—Respondo, lo 1.º: Aunque se empobreciese, no haría más que trasladar sus bienes á la otra vida donde eternamente le servirán, lo que siempre sería gran prudencia. Lo 2.º: que esos temores proceden de la avaricia y son infundados. Lo 3.º: que así lo hacían los santos como San Felipe Neri, San Cayetano, San Carlos Borromeo, Santo Tomás de Villanueva y otros muchos cuya imitación la Iglesia nos propone. Lo 4.º: que es falta de fe en la Providencia divina temer el hambre á causa de hacer limosna.

—¿Y sólo de los bienes de fortuna hay que disponer?

—No; también hay que arreglar lo de la familia, la educación de los hijos,

el sustento de la esposa, la coloración de los mismos, etc. San Juan Crisóstomo asegura que el Señor, al dejar encargada á su santísima Madre al discípulo, nos dió ejemplo del cuidado que á la muerte debemos tener de nuestros deudos y familiares.

—¿Qué libros pueden leerse acerca de la muerte?

—Para adquirir un temor saludable, la "Diferencia entre lo temporal y lo eterno," de Nieremberg; para verla con calma y resignación, "La Dulce y santa Muerte," de Crasset; para instruirse sólidamente, la Conferencia respectiva entre las del Padre Faber; para prepararse con la meditación, la "Preparación de la Muerte, de San Ligorio; para moverse, dolerse de los pecados, saber prepararse, etc. la "Muerte cristiana" del P. Belecio. (*)

(*) La hemos traducido del francés y está en curso de publicación.

IV

Disparates impios.—Necesidad del juicio.—Su aparato.—El juicio universal.—Por qué dos juicios?—Santo Tomás.—Tres nuevas razones.

—¿Cuál es la segunda postrimería?

—Es el juicio. "Después de la muerte, el juicio," dice San Pablo.

No hay que pensar que el alma va á divertirse entre los astros, ni á compartir en vidas sucesivas, ni otros disparates de los modernos incrédulos. Después de la muerte, el juicio, tal es la verdad; lo demás son cuentos y novelas.

—Pero ¿qué necesidad hay de ese juicio?

—Si el hombre tiene que ser premiado ó castigado ha de serlo justamente; si lo ha de ser justamente, ha de ser conforme á sus méritos, y si éstos dependen de sus obras, deben ser examinadas estas obras. Y este examen es el juicio.

—¿Y de qué manera ha de verificarse?

—A semejanza de los juicios humanos; se dice haber el tribunal, que es donde el hombre muere; el juez es Jesucristo, que lo es de vivos y muertos, como lo dice el símbolo de la fé; el reo, es el alma separada; el acusador, el de monio; el abogado, el ángel custodio; la discusión, violentísima, pues el juez es testigo inexcusable; y la sentencia, sin apelación, absolutoria ó condenatoria.

—¿El Evangelio habla de un juicio colectivo?

Ciertamente, y se llama el juicio final ó universal, que seguirá al grande hecho de la resurrección de toda carne, y es dogma de la fé. Este juicio será precedido, así como el fin del mundo, de espantosísimas señales, físicas y sociales. Mas *aparte de este juicio público y solemne hay el de cada individuo al fin de su vida, que se llama juicio particular, y es definitivo, pues en el final no se cambia la sentencia, sólo se publica y patentiza.*

—¿Mas por qué dos juicios, si una sola es la sentencia?

—He aquí la bella razón que da Santo Tomás: el hombre es un sér individual y al mismo tiempo colectivo, obra para sí y para la sociedad, y cria méritos en ambos órdenes; luego debe ser juzgado de los dos modos, como individuo particular en el juicio particular, como sér social y colectivo en el juicio universal.

—¿Y no habrá aún otras razones?

—Muchas y admirables. Algunas diremos: "Para que venzas, cuando seas juzgado," dice á Dios el profeta David en el salmo Miserere. Ahora bien, en el juicio universal Dios quiere también ser juzgado por nosotros. ¿Por qué humilló á los buenos? ¿Por qué hizo triunfar á los impíos? ¿por qué toleró á los masones? ¿por qué dió riquezas, y riquezas fabulosas á los judios, sus más encarnizados enemigos? etc., etc. A estos porqués y á otros muchísimos que ocurren á la razón humana, responderá satisfactoriamente la acción oculta de la providencia en el mundo, manifes-

tada á plena luz en el juicio final. Y así vencerá el Señor cuando sea juzgado. Y he aquí otra razón de ese juicio.

—¡Maravillosa! Desearia oír una tercera.

—Dice la Escritura que han de ser juzgados los ángeles; los PP. dicen que se trata de los ángeles apóstatas. Las dos familias, angélica y humana, deben ser juzgadas, pues de las dos, han de estar juntos en el cielo ó en el abismo. ¿Y dónde podrán ser juzgados los ángeles? En la grande escena del juicio.

—Veo que estos motivos son tomados del universo, de Dios y de los ángeles.

---Pero hay otros motivos por parte del hombre, cuyo juicio particular no queda completo, y en el universal se completa y consume.

---Explicad qué falta al juicio particular.

---En primer lugar, sólo mira al alma que es una parte del reo; mas como el cuerpo le ayuda en las buenas obras y en las malas, justo es que comparezca y participe de la sentencia

buena ó mala. En segundo lugar, el hombre siembra en su vida doctrinas y ejemplos que dan fruto quizá hasta el fin del mundo. Los apóstoles convirtiendo al mundo, los misioneros predicando, los doctores escribiendo, los fundadores plantando religiosas familias, ¿qué bien no han seguido y seguirán haciendo después de muertos? Y los heresiarcas, los impíos que escriben, los gobernantes perseguidores de la fe, un Lutero, un Calvino, un Voltaire, un Renán, un Coubet en la actualidad, ¿qué males no causaron y estarán causando hasta el fin, qué ruina de almas y de pueblos enteros! Pues de todo este bien y de este mal póstumo de que son responsables les falta ser juzgados. Así, en el juicio particular falta parte del sujeto, falta mucho de la causa, y falta de la sentencia, lo que el cuerpo merezca. Todo esto completa y consume el juicio universal.

---¿Decís que debe precederle la resurrección de la carne?

---Es claro, pues la carne con vida

ha de ser juzgada. La plenitud, pues, del juicio exige la resurrección de todos los hombres.

V

La resurrección de la carne.—Es dogma de fe.—Niéganla los impíos.—Es muy posible.—Es un misterio.—Tres analogías.—La semilla.—La primavera.—La crisálida.—El dormir y despertar.—Los niños.—Amén.—El lugar.—El tiempo.—La separación.—Las dos sentencias.

—¿Por qué decís la resurrección de la carne: ¿no resucita todo el hombre?

—Todo el hombre resucita, pero no resucita el alma, que no muere. “Del que es el caer es el levantarse,” dice Santo Tomás, y pues la carne es la que cae en la muerte, ella es la que se levanta, y por eso se dice en el símbolo: “la resurrección de la carne.”

—¿Y es de todo punto cierto?

—Tanto, que es verdad de fe contenida en el Credo y definida por la Iglesia contra los herejes que han querido negarla. “Todos, ciertamente, resucitamos,” dice San Pablo, y en el Evange-

lio, santa Marta dijo al Señor, que sabía que su hermano Lázaro, difunto, había de resucitar en el último día. Es muy conocido el pasaje de Job en el que dice: “Sé que he de resucitar en el último día, y en mi carne veré a mi Salvador.”

—Pero, ¿no dicen muchos que la resurrección es imposible?

—Sí, lo dicen los impíos, los incrédulos, los racionalistas, en fin, todos aquellos á quienes no les conviene resucitar; pero á pesar de ellos la resurrección es posible y se ha de verificar. Pues Jesucristo resucitó tres muertos, y sus siervos otros muchos, como Santo Domingo resucitó tres, y San Francisco de Paula muchos, y San Francisco Javier los resucitaba hasta por poder, y Santa Coleta resucitó docenas de infantes para que recibieran el bautismo: claro es que la resurrección es posible, pues lo que se hace puede hacerse.

—¿Pero no es lo mismo un muerto cuyo cadáver está presente, que los

mueertos de millares de años, de los que nada subsiste?

—Ese es el grande argumento de los herejes é incrédulos: ¿cómo volver á existir los cuerpos de los que nada queda? La mejor respuesta es la omnipotencia divina: el que puede lo más, puede lo menos, y pues Dios pudo hacer al mundo de nada, y al cuerpo del hombre del barro sacado de la nada, muy bien podrá rehacerle de algo.

—¿Pero si de la muerte no queda algo, sino nada!

—Ese es un error vulgar que importa combatir. Nada perece en la naturaleza, nada se aniquila; el cuerpo muerto se convertirá en polvo, en humo, en gases; éstos entrarán á la tierra, se esparcirán en el aire, se pasarán á otros cuerpos, á las yerbas, á los animales, al hombre mismo, sufrirán mil transformaciones; pero lo cierto es que no perecen, que en alguna parte se encuentran, y al poder de Dios, que es infinito, nada le cuesta juntar todas esas partículas y formar con ellas el mismo

cuerpo que antes formaban: ¡Para Dios no hay imposibles!

—¿Pero no podría formar el cuerpo de cualquier materia?

—Si podría; pero ya no fuera nuestro mismo cuerpo, y entonces no sería resurrección de la carne sino formación de otra nueva carne. Y además, como el cuerpo ayudó al alma en las obras buenas y en las malas, debe participar con ella de la recompensa y del castigo, por lo cual el cuerpo que resucitó debe ser precisamente el mismo que vivos tuvimos.

—¿Pero no puede comprenderse el resucitar de tantos millares de millones de hombres desde Adán hasta el fin del mundo!

—Es un misterio que supera á la razón humana, pero no la contradice. Y aunque no podamos enteramente comprenderlo, la naturaleza nos presenta algunas analogías que nos facilitan esa inteligencia. Y aun en las Sagradas Escrituras se mencionan algunas de ellas.

—Apresuraos á decirlas.

—Jesucristo dice en el Evangelio que

«si el grano de trigo al caer en la tierra no muere no dará fruto, mas que si muere lo dará y mucho.» (Joan., XII. 25) Y San Pablo también dice que «Se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual.» (1. Cor. XV. 44.) De aquí podemos sacar que el cuerpo es como una semilla que en el sepulcro se pudre y á su tiempo produce fruto de su misma especie. Muerto un árbol ó una planta, como que resucita por su semilla, y así sembrado el cadáver, como que nace por la resurrección.

—¿Y aún hay otras analogías?

—San Agustín, predicándole á su pueblo, le decía: «Suelen hacerse cada año las cosechas, mas del género humano se ha de hacer una sola al fin del mundo. Si no estamos sordos, oiremos cómo todas las criaturas nos cuentan la resurrección. ¿Adónde se van y de dónde vuelven las hojas de los árboles? ¿En qué paraje se esconden y cómo de nuevo salen? ¿A qué se llevan la podredumbre, el estiércol de las bestias de las ciudades á los campos, si no es porque abonando la tierra la fecundan y la hacen producir?

Mirad como lo que por su corrupción antes causaba asco y horror, reverdeciendo los árboles nos agrada y nos deleita.» Y en efecto, el invierno es la muerte de la vegetación: á los árboles sólo les deja, por decirlo así, la osamenta; pero viene la primavera y es la resurrección: los ramos se visten de nuevo de sus hojas, como si dijéramos, los huesos se visten de su carne. Cada año vemos así muerte y resurrección.

—¿Es hermosa analogía!

—Pues hay otra aun más hermosa aunque se ha abusado de ella. ¿Quién no ve cómo el gusano se forma una envoltura donde se encierra y está allí como muerto, pues ni come ni se mueve, y á los tantos días rompe su mortaja, sale de su tumba, se desentume al calor del sol y vuela convertido en una pintada mariposa. Imagen del cuerpo encerrado en el sepulcro y que sale algún día con una vida más hermosa, pues como dice San Pablo: «se siembra en vileza y se levanta en gloria.» (Ibid.) Y aun todavía en nosotros mismos tene-

mos una sombra de la resurrección, sólo que no atendemos ni nos fijamos en ello.

—¿Cuál puede ser esa sombra ó figura?

—El dormir y el despertar. Jesucristo dijo de Lazaro, que dormía, y de la hija de Jairo, también, y ambos estaban muertos; y la Iglesia, al lugar de la sepultura de sus hijos, llama *cementerio*, que quiere decir *dormitorio*. Así, el sueño en que el cuerpo cae y se extiende, y se mete en la cama como en un sepulcro, y pierde el uso de los sentidos, nos recuerda la muerte, y las tinieblas de la noche las del sepulcro, y el despertar con la luz del día siguiente con el uso de los sentidos y la inteligencia despejada nos representa bien la resurrección. Y á Dios le es más fácil despertar á un muerto que á nosotros á un dormido.

—¿Y los niños pequeños resucitarán también?

—Llegará la hora en que *todos* los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y procederán los que hi-

cieron bienes á resurrección de vida y los que hicieron males á resurrección de juicio. (Joan., V. 28.) Por estas palabras de Jesucristo consta que todos los muertos han de resucitar y que todos han de serlo en una sola hora, y que unos irán á ser salvos y otros á ser reprobados, pues resurrección de juicio quiere decir de condenación. Bueno es tenerlo presente, pues los protestantes, que todo lo enredan, creen en dos ó tres resurrecciones, y en mil años entre una y otra, y en otros errores condenados como herejías.

—¿Y qué se sigue de la resurrección?

—Se sigue que no vuelven más á morir ni los buenos ni los malos, pues en vano sería resucitar para morir de nuevo. Y por consiguiente, las dos suertes son inacabables, perpetuas y eternas; eternas delicias y eternos tormentos; eterno amor y eterna desesperación; eterna bienaventuranza en el cielo y eternas penas en el infierno. Por eso, á la resurrección de la carne se añade en el Credo: y la vida perdurable. Amén.

---¿Por qué se dice amén?

--Quiere decir: es cierto, es indudable, es entera verdad.

---¿Y en donde cabrán todos los hombres resucitados?

--Los incrédulos dicen que no caben en el valle de Josafat, donde se cree que será el juicio final. Pero allí será sólo el centro, y al derredor se ha probado con números que muy bien cabrán todos. Y además, que dice San Pablo que los justos estarán en los aires al encuentro de Cristo. (1. Thes., IV, 16.)

---¿De cuánto tiempo será obra la resurrección general?

--De un momento: En un abrir y cerrar de ojos, dice el Apóstol, en la última trompeta, pues esta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles, es decir, inmortales. (2. Cor. XV, 52.)

---¿Y no habrá distinción entre los muertos resucitados?

--Los ángeles separarán á los malos de en medio de los justos, á la manera que el pastor separa los cabritos de los corderos, éstos á la derecha y

aquéllos á la izquierda; y á los buenos les dirá: *Venid*, y á los malos *id*; á los buenos los llamará *benditos*, y á los malos *malditos*; á los buenos mandará al *reino* de la gloria y á los malos al *fuego* del infierno. Todo esto consta punto por punto en el Evangelio, dicho por la misma boca de Jesucristo. (Math. XXV, 34.)

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRAL DE BIBLIOTECAS

®

VI

Señales del fin.---El Anticristo.---El fuego precursor.---Sus efectos.---Su origen.---Natural y sobrenatural.

---¿Entre la resurrección y el juicio final hay algo notable?

---Notable, admirable y estupendo. No digamos de las señales que precederán al juicio y también á la resurrección. El Señor habló de ellas y el apóstol San Pablo: guerras, pestes, terribles terremotos, fenómenos lúgubres en el sol, la luna y las estrellas, horrorosa confusión, la terribilísima persecución del Anticristo que deberá abolir el sacrificio, acabar con el culto y hacer prodigios que engañen á muchos.

---¿Pues no se dice que el Anticristo es un reino?

---Es falso, pues consta por la Santa Escritura que es un hombre ayudado por Satanás y dotado de un poder inaudito; la persecución durará tres años y medio y el Señor le dará muerte *con el espíritu de su boca.*

---Y de su patria, origen y nacimiento ¿qué se sabe?

---Nada cierto, conjeturas varias y cuentos de que no debemos ocuparnos. Creen muchos que pronto vendrá, otros, que ya nació, otros que tardará. Todo es oscuro, y son cuestiones curiosas, pero inútiles.

---¿No se habla de un fuego á la venida de Cristo Juez?

---Hablan las Escrituras y habla la Iglesia. En un salmo se dice: «Fuego ante él precederá y abrasará en derredor á sus enemigos.» (Psalm., XCVI., 3.) La Iglesia en sus preces por los difuntos ora así: «No recuerdes, Señor, mis pecados cuando vengas á juzgar al siglo por el fuego.» y repite varias veces estas últimas palabras. No cabe, pues, duda que antes de la venida del Señor vendrá un fuego que producirá varios efectos maravillosos.

---¿Cuáles serán esos efectos?

---Purificar la tierra y los elementos como renovándolos. Así lo dice el Apóstol San Pedro: (2. Petr. III. ro.) Abrasar y dar muerte á los impíos y

enemigos de Dios, como dice el salmo citado, servir de purgatorio á los justos que halle vivos, y les dé muerte para que luego resuciten.

—Pero ¿de dónde saldrá tanto fuego?

—Como en el diluvio salió agua de los mares y llovió de las nubes, así este fuego, saldrá de la tierra por erupciones inmensas y vendrá de la electricidad en monstruosas descargas. Ni hay que acudir al choque de un astro errante con la tierra que incendie la atmósfera con el rozamiento. El poder de Dios que creó el universo puede conmoverlo cómo y cuando le plazca.

—¿De modo que ese fuego será natural?

—Podrá ser natural en su origen, pero sobrenatural en sus efectos, pues como acabamos de decir, renovará los elementos, servirá de castigo á los malos y de purgatorio á los justos.

—Ya que habláis de purgatorio, y aun cuando propiamente no pertenezca á los novísimos, ¿no podríais decir algo de él?

—El purgatorio es un lugar de purificación donde van las almas que salen de la vida, en gracia, pero debiendo pena temporal por sus culpas. Allí se purifican por un fuego terrible con la pena de la privación de la vista de Dios. La existencia de este lugar ha sido declarada de fe contra los protestantes, á quienes se antojó negarlo contra los más claros testimonios de la Escritura. También es de fe que allí ayudan á un alma los sufragios de los fieles, en especial el santo Sacrificio y las indulgencias de difuntos.

—¿Y de la negación protestante qué resultó?

—Resultó, que no creyendo en las verdaderas relaciones de los vivos con los difuntos, inventaron otras falsas, indignas y pecaminosas, que son las prácticas del espiritismo.

—¿Pues qué es el dicho espiritismo?

—Se dice que es el comercio con las almas de los difuntos que evocadas con ciertos signos vienen y tratan con los vivos con golpes en los muebles, bancos que golpean, y aun escriben, etc.

Todo esto está condenado por la Iglesia como comercio con los demonios que se fingen almas de los difuntos para engañar y corromper.

—¿Y del hipnotismo qué decís?

—Que es una rama del mismo árbol: prácticas satánicas que en vano algunos tratan de defender, pues hay quien los combate con ventaja.

—Y ¿qué inferís de todo ésto?

—Se infiere que el que no cree en lo verdadero, cree en lo falso, que el que no practica la religión, llega á practicar la superstición; en una palabra, que el que no cree en Dios, cree en el diablo, y el que no adora á Jesucristo, adora á Satanás. Por eso dijo el divino Salvador: «El que no está conmigo, contra mí está.» (Math., XII., 30.)

VII.

El infierno.—Furiosamente combatido.—Vanos argumentos.—La escritura.—La razón.—La bondad de Dios exige el infierno.—La tradición.—¿Por qué la insistencia?—El infierno, opúsculo del Sr. Segur.—Nombres.—Tormentos.—Eternidad.—Fuego real y positivo.—Alivio quimérico.—“Citra condignum!”

—¿Después del juicio qué se sigue?

—Dada la doble sentencia, al momento se ejecuta, y así, pronunciada que sea, añade el Evangelio: “E irán éstos (los malos) al eterno suplicio, mas los justos á la vida eterna.” (Math., XXV., 46.) Por eso son los dos novísimos, infierno y gloria.

—¿Qué decís del infierno?

—Lo primero digo, que así como no hay una verdad que conste tan claramente en las sagradas Escrituras, que lo repiten á cada paso, así no hay dogma que tan furiosamente hayan atacado los impíos, incrédulos, materialistas

positivistas y toda clase de enemigos de la religión, hasta muchos protestantes que tanto fingen creer en la Biblia. Y la razón es obvia: todos los que tienen horror á la cárcel y méritos para habitarla quisieran que no existiese y desbaratarla con un soplo, pero ¡vanos esfuerzos!

—¿Pero qué pueden alegar contra esa verdad?

—Muchos argumentos especiosos, pero necios, pero vanos. Unos alegan que con la muerte todo acaba, y así no hay tal infierno; otros dicen que una pena eterna no guarda proporción con las culpas del hombre; otros con sentimentalismo declaman que no hay padre que arroje á las llamas á sus hijos: olvidan que Dios es también Juez, y justísimo! Otros alegan la bondad del Señor que es infinita, y el no ser compatible con ella un eterno suplicio. Muchos dicen que el infierno es una engañifa del clero para fanatizar á los pueblos. Pero contra esto dice Dios: «Murió el rico y fué sepultado en el infierno.» (Luc., XVI., 22.) «Apartaos

de mí, malditos, al fuego eterno.» (Math. XXV., 41.) «Y tú, Cafarnaum, hasta el infierno serás sumergida.» (Luc., X., 15.)

—¿Y la razón qué nos dice?

—Que para guardar proporción, si los goces son eternos, eternas serán las penas: que el alma del réprobo no puede cambiar, y como siempre está en pecado, siempre está castigada, y que si algún día el réprobo llegara á salir del infierno sería eternamente bienaventurado, y así los buenos con los malos estarían confundidos, y como alguien ha dicho, estaria Robespierre al lado de San Vicente de Paúl en la gloria. ¿Se concibe tal absurdo?

—Pero el argumento de la bondad de Dios hace fuerza!

—Es contraproducente; la bondad de Dios prueba y exige el infierno.

—No os comprendo.

—Vais luego á comprenderlo. La bondad y la maldad son contrarios que se repelen; ¿no es cierto?

—Indudable!

Mientras más vaya creciendo la bon-

dad, más irá alejándose de la maldad, como mientras más resplandezca lo blanco, más se aparta de lo negro. ¿No es eso?

—No sé adónde vais á parar!

—Voy á parar al infierno! Si á medida que crece la bondad va alejándose de la maldad, luego si crece hasta un grado infinito, el alejamiento de la maldad deberá ser infinito.

—Parece bien discurrido.

—Pues bien: si Dios tiene una bondad infinita, como dicen, y es verdad, luego su alejamiento de la maldad es infinito, y ese alejamiento le hace decir: "apartaos de mí, malditos, al fuego eterno." Luego la bondad infinita de Dios exige la inmensa separación de los malos, es decir, el infierno.

—Todo ello es muy racional.

—Pues si de la escritura y de la razón pasamos á la tradición universal, vemos que todos los pueblos del mundo han creído en las penas eternas. Así lo hace ver, entre otros, con su terrible elocuencia el desgraciado Lammennais. Hasta Virgilio en sus hermo-

sos versos lo revela. El negar, pues, el infierno, es el camino más corto para irlo á habitar dentro de poco y quedar desesperadamente convencidos de su existencia.

—¿Mas por qué insistís tanto en demostrarla?

—Porque tanto han hablado en contra los impíos, que han hecho vacilar y tal vez basta perder la fe á los mismos creyentes, alucinados por los sofismas de la incredulidad. Es muy digno de leerse el chispeante opúsculo que escribió Monseñor Segur acerca del Infierno, y con este mismo título.

—¿Y qué idea nos dan los libros santos del Infierno?

—Los libros santos le llaman pozo del abismo, abismo de fuego, lago y no de agua, tierra de sempiterno horror, recinto de tinieblas, fuego devorador, fuego encendido por la boca de Dios, fuego que jamás se apaga y gusano que nunca muere, lugar de todos los tormentos, lugar de llanto y rechinar de dientes, cuya hambre es canina, cuya sed se sacia con veneno de

áspides y hiel de dragones, cuya copa contiene fuego y azufre y soplo de tempestades. Todo esto y mucho más se dice del Infierno.

—¿Y sus tormentos cuáles son?

—Continuos, sin alivio y sin fin: la pena de daño, que es la privación de Dios, es tan horrible que dicen los santos es mucho peor que la del fuego; la del fuego terrible, intensísimo, que ataca al alma y al cuerpo, que atormenta, dice San Agustín, con modos maravillosos, pero reales y verdaderos; el gusano roedor, ó sea el remordimiento incesante y desgarrador de la conciencia. Y lo más terrible de todo es que estas penas jamás tendrán término, ni alivio, ni remisión.

—Pero ¿no han creído algunos que el fuego es metafórico?

—Los protestantes, que no se atreven á negar del todo el Infierno por estar tan patente en la Biblia, han querido atenuar sus dolores diciendo que el fuego no es real sino figurado. Pero deliran, porque un fuego que se enciende, que tiene ardores, que quema,

es un fuego real y positivo, y todo esto se dice de este fuego; y en la historia de Lázaro y el rico, éste se quejaba en el Infierno diciendo: «soy atormentado en esta llama,» y pedía ser refrigerado con agua. Y no sabemos que el agua refrigeré el corazón atribulado, sino la boca abrasada.

—¿Pero no tendrán los réprobos de vez en cuando algún alivio?

—Algunos autores así lo han escrito, pero otros lo contradicen fuertemente. La Iglesia dice: «en el infierno no hay ninguna remisión. Y sobre todo, harto es que los réprobos no sean castigados allí todo lo que merecen.

—¿Cómo puede ser eso?

—Santo Tomás lo enseña, que los réprobos allí son castigados *citra condignum*, y esta expresión quiere decir *más acá de lo que han merecido*. Siendo así, no hay necesidad de andarles buscando alivios; antes consta que al rico no se le concedió ni la gota de agua que de Abraham solicitaba, lo que da á entender cómo ni el más mínimo alivio obtendrán esos desgraciados.

VIII

Semejanzas entre el Infierno y el Purgatorio. — Diferencias muchas. — Sufragios. — Orar á las ánimas. — Coronas. — ¿Pedir por los réprobos? — Niños sin bautismo.

— ¿Hay muchas diferencias entre el Infierno y el Purgatorio?

— Tienen sus semejanzas y sus diferencias que será útil explicar. Son semejantes en el fuego, y aun se cree que el del Purgatorio es de la misma calidad é idéntico al del Infierno. Son semejantes en la pena de daño que en ambos lugares se padece, y aun en cierto modo que es mayor en el Purgatorio por el grande amor y deseo de ver á Dios que tienen las almas. Son semejantes por la situación, pues ambos están debajo de la tierra.

— Decid ahora las desemejanzas.

— La primera, capital y característica es la duración: en el Infierno es perpetua y nunca tendrá fin; en el Purga-

torio es más ó menos larga; tal vez hay quien allí esté hasta el fin de los siglos, pero siempre tiene término; los sufragios de los vivos lo abrevian más ó menos.

— ¿Hay otras diferencias?

— Sí las hay: en el Infierno reina la más horrible desesperación; en el Purgatorio la más dulce esperanza: en el Infierno se escuchan incesantemente blasfemias y maldiciones horribosas; en el Purgatorio alabanzas á Dios en medio de las penas: en el infierno atormentan rabiosamente los demonios; en el Purgatorio se cree que no tienen entrada: en el Infierno los réprobos son enemigos de Dios llenos de odio; en el Purgatorio están sus amigos llenos de amor suyo: en el Infierno todos son malditos; en el Purgatorio todos son santos: en el Infierno ni entran los ángeles, ni aprovechan las oraciones del cielo ni de la tierra; en el Purgatorio aprovechan mucho las súplicas de los santos y los sufragios de los vivos: en el Infierno nada hace la Virgen María, porque es lugar de

justicia y nó de misericordia; en el Purgatorio ejerce su misericordia, saca á sus devotos y hay revelaciones de que en el día de su Asunción libra á todas las almas de sus penas y las lleva á gozar de la gloria.

—¿Y cómo podemos mejor aliviar á las almas del Purgatorio?

—Ya dijimos que el mejor sufragio es la santa Misa; después de ella el Viacrucis y el Rosario son los que tienen numerosísimas indulgencias y todas aplicables á los difuntos.

—¿Y encomendarse á las ánimas es cosa supersticiosa?

—De ninguna manera; la experiencia dice que son oídos los ruegos que se les dirigen, y á veces más presto que acudiendo á los santos.

—¿Y las coronas de flores aprovechan á los difuntos?

En nada y para nada; son usos mundanos tomados del paganismo y reprobados por la Iglesia. Son muchas veces puro lujo y vanidad. Al sucio é inmoral autor Zolá se lee en los diarios que en carros cargaban la multi-

tud de coronas que le mandaban á sus exequias. ¿De qué le servirían á ese furioso enemigo de la Virgen de Lourdes y del mismo Jesucristo? Deben haberle servido de mayores tormentos! «Alábanlos do nó están, atorméntanlos donde están,» dice San Agustín.

—¿Nada, pues, podrá hacerse por los reprobos?

—Nada; pero pues no consta de ninguno en particular que haya sido reprobado por el Señor, pueden hacerse en lo privado oraciones y ofrecerse sacrificios por los difuntos, sin meterse á determinar si han sido sentenciados al fuego eterno. Decimos en lo privado, porque en lo público y solemne la Iglesia tiene sus reglas respecto á los herejes y excomulgados que mueren en ese estado.

—¿A dónde van los niños que mueren sin bautismo?

—No pueden ir al cielo, pero tampoco al infierno, ni padecerán penas ningunas. Dios no ha revelado ni la Iglesia ha dicho dónde estarán; que no entran en el cielo lo dijo Jesucristo: "el

que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. (Joan., III, 5.) Y que no van al Infierno lo dicen los teólogos, porque esos niños no tienen pecados personales, sino sólo el original, y sólo los pecados graves, personales, llevan al Infierno. Así, estos infantes nada padecen, lo que es bueno tener entendido, porque los incrédulos culpan de crueldad a la Iglesia como si sostuviera la condenación de esos párvulos, lo que no dice ni enseña.

IX.

La Gloria. — *Sus nombres.* — *Medida, Jornal, Merced, Corona, Gozo, Banquete, Bodas, Ciudad, Reino.* — *Cielo, Mansión Huerto, Paraíso, Bienaventuranza.* — *Casa, templo de Dios, Torrente de delicias, Consuelo, Tierra, Hartura, Misericordia.* — *Litúrgicos, Luz, Descanso, Refrigerio, Paz, Consorcio de los santos, Sede celeste, Región de los vivos.* — *Figuras: la tierra de promisión, la Perla preciosa, el Tesoro escondido, la Dracma encontrada.* — *La Patria.*

— ¿Cuál es el último de los novisimos?

— La Gloria: es el estado perfecto de la agregación de todos los bienes; es estado porque no se altera ni se cambia; es de todos los bienes porque no falta allí uno sólo, y es estado perfecto porque estos bienes nunca se acaban ni se amenguan.

— ¿Y qué idea da de la gloria la santa Escritura?

002237

que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. (Joan., III, 5.) Y que no van al Infierno lo dicen los teólogos, porque esos niños no tienen pecados personales, sino sólo el original, y sólo los pecados graves, personales, llevan al Infierno. Así, estos infantes nada padecen, lo que es bueno tener entendido, porque los incrédulos culpan de crueldad a la Iglesia como si sostuviera la condenación de esos párvulos, lo que no dice ni enseña.

IX.

La Gloria.—Sus nombres.—*Medida, Jorنال, Merced, Corona, Gozo, Banquete, Bodas, Ciudad, Reino.*—*Cielo, Mansión Huerto, Paraíso, Bienaventuranza.*—*Casa, templo de Dios, Torrente de delicias, Consuelo, Tierra, Hartura, Misericordia.*—*Litúrgicos, Luz, Descanso, Refrigerio, Paz, Consorcio de los santos, Sede celeste, Región de los vivos.*—*Figuras: la tierra de promisión, la Perla preciosa, el Tesoro escondido, la Dracma encontrada.*—*La Patria.*

—¿Cuál es el último de los novisimos?

—La Gloria: es el estado perfecto de la agregación de todos los bienes; es estado porque no se altera ni se cambia; es de todos los bienes porque no falta allí uno sólo, y es estado perfecto porque estos bienes nunca se acaban ni se amenguan.

—¿Y qué idea da de la gloria la santa Escritura?

002237

—Dice que ni vieron jamás los ojos, ni escucharon nunca los oídos, ni en el corazón del hombre cupo lo que preparó el Señor á los que le aman. Es decir, que todas las bellezas y magnificencias que acá se admiran, todos los dulces sonidos que se escuchan, todo lo que el corazón anhela y suspira no puede dar una idea de lo que guarda el Señor para sus siervos.

—¿Y no declara algo con varios nombres?

—Si lo declara; el Cardenal Belarmino ha escrito un hermoso opúsculo sobre la Gloria, explicando largamente los títulos principales que se le dan en los Libros Santos. Porque se le llama medida, jornal, merced, corona, gozo, banquete, bodas, ciudad, reino, etc.

—¿No diréis algo de cada uno de esos títulos?

—Será brevemente: se llama la Gloria, medida buena, llena, agitada y rebosante, (Luc., VI, 38.) Es medida, porque se mide conforme á los méritos de cada uno; buena, porque no hay cosa mejor; llena, porque nada deja que de-

sear; agitada, porque moviendo la medida con el grano cabe más, y rebosante, (Luc., VI, 38.) porque rebosa del alma al cuerpo, y de cada uno á todos los santos.

—Pero llamarla jornal parece una cosa mezquina.

—Jornal es el precio del trabajo de un día, y como nuestra vida es un día que nace cuando nacemos, llega al medio día en la juventud y declina al ocaso en la vejez; el jornal es la Gloria que se gana con nuestro trabajo, y que tiene la razón de pago, merced ó recompensa, por lo que también así se nombra. (Math., XX, 2 id. V., 2.)

—¿Y por qué se llama corona?

—Porque la corona es premio de los vencedores, es necesario ganarla combatiendo y triunfando; y por eso exhorta el Apóstol á la práctica de las virtudes y al combate espiritual, notando que los atletas ó gladiadores se abstienen de muchas cosas por conseguir una corona corruptible, mientras que los cristianos tenemos que conquistar una corona imperecedera é in-

corruptible (1 Cor., IX, 25.) Y la llama corona de justicia, porque estando prometida es de justicia darla á quien la conquiste. (2. Timoth., IV, 8.)

—¿Y se llama, decís, gozo y banquete?

—Así la llama el Salvador cuando anuncia, que el amo dirá al buen siervo: «entra en el gozo de tu Señor.» (Math., XXV, 21.) El siervo entra en el gozo porque por dentro y por fuera el gozo lo llena y lo circunda. Se llama banquete, (Luc., XIV, 12.) porque hay en la gloria delicias para todos los sentidos espirituales como en un banquete los hay para los materiales. Se llama bodas, (Apoc., XIX, 9) por la unión íntima é inexplicable del hombre con Dios, y de la Iglesia ya triunfante con Jesucristo su esposo. De esto hay mucho en el Apocalipsis. (Apoc., XXII.)

—¿Por qué se llama ciudad?

—Se llama ciudad por la multitud de sus moradores, por sus muchas magnificencias, y se llama Jerusalén celeste porque Jerusalén quiere decir

visión de paz, y allí es la mansión de la paz perpetua y eterna.

—¿Y se llama también reino?

—En la primera y última bienaventuranzas se llama el reino de los cielos, y en la sentencia de los buenos le llama el Juez también reino, porque allí todos reinarán con Jesucristo, sin envidias ni divisiones, sin guerras ni enemigos, pues es el reino de la paz, cuyo advenimiento pedimos en el Padre nuestro.

—¿Sólo éstos títulos se dan á la Gloria?

—Aun hay muchos: se llama cielo, por el lugar donde se goza; casa ó mansión, porque allí se mora en permanencia; huerto, ó jardín ó paraíso, por sus inestimables delicias; bienaventuranza, porque es nuestra suprema ventura y felicidad. Dánsele tantos nombres porque el lenguaje humano no puede bastar á trazar tanta grandeza. Se llama casa de Dios ó templo de Dios, por su majestad y magnificencia; le llama David «torrente de delicias,» por su ímpetu y magnitud. (Ps., XXXV,

1.) Todavía en las Bienaventuranzas se llama consuelo, tierra de los vivos, hartura, misericordia, porque en la Gloria se enjuga todo llanto, se posee la tierra inmóvil, se harta toda hambre y sed, y se alcanza la mayor de todas las misericordias.

—¿Y la Iglesia no da otros nombres á la Gloria?

—Muchos: en su liturgia de difuntos le llama la luz perpetua, el descanso eterno, el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz, la luz santa, los gozos eternos, el reino celeste, el eterno consorcio, el refrigerio sempiterno, la celeste gloriosa sede, la región de los vivos, la sede de los redimidos que se alegran. Todos bien se comprenden; los de refrigerio se dicen porque habla de las almas al salir del fuego del purgatorio, el cielo les es refresco ó refrigerio. Cada uno de todos estos nombres bíblicos y litúrgicos revela algún aspecto, algún bien de la Gloria, y todos juntos nos muestran su inmensa beldad, felicidad y grandeza.

—¿Y los Santos Padres qué títulos han dado á la Gloria?

—Además de los títulos de la Escritura que les han sido muy familiares, le han aplicado los de sus figuras que lo fueron en el Antiguo Testamento, muy notable, la tierra de promisión, y en el Nuevo, la perla preciosa, el tesoro escondido, y aun la dracma encontrada, que son tres parábolas evangélicas. Y aparte de esto, muchas veces llaman los Santos Padres á la Gloria, *la patria*, pues como el mundo es un destierro y tenemos el estado de viajeros ó caminantes, en el camino vamos, porque á la patria nos dirigimos, como dice San Gregorio Papa.

IX.

*La Bienaventuranza. — Triple Acción.
— Las Tres Potencias. — Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno. — Fe, Esperanza y Caridad. — Lumen Gloria.
— Delirio Protestante. — Dominio del alma. — Rapto. — Bilceación.*

— ¿En qué consiste, pues, la bienaventuranza de la Gloria?

— Consiste en la perfecta posesión de Dios, puesto que Dios es el objeto supremo, el último fin y el término y satisfacción de todos los deseos; mas esta adquisición ó posesión de Dios, es triple por varias razones que así lo muestran.

— Explicad esa triplicidad.

— El alma en la bienaventuranza conoce al Señor, le goza y le ama. De aquí tres actos que la hacen inmensamente feliz, es decir, bienaventurada: la visión la posesión y la fruición.

— ¿En qué se distinguen las tres cosas?

— La visión es el conocimiento claro de Dios, visto cara á cara, según se explica San Pablo (1, Cor., XIII, 12,) y es lo primero, porque toca al entendimiento, potencia más noble; la posesión del objeto amado, causa el amor íntimo y unitivo, y de la posesión y el amor, resulta el gozo y delectación inexplicables, ó sea la fruición.

— Y estos tres actos ó hábitos ¿á qué se adaptan?

— Corresponden en cierto modo á las tres potencias del alma: á la memoria, la vista presente; al entendimiento, el conocimiento delectable, y á la voluntad el perfecto amor. Justo es, que las tres potencias que á Dios se consagraron, tengan todas su recompensa.

— ¿Y no hay otros motivos de esos tres hábitos?

— El hombre busca siempre tres cosas: la verdad, la belleza y el bien; en el mundo no se hallan sino en destellos; sólo en Dios se encuentran como en su fuente lo verdadero, lo bello y

lo bueno. Pues bien, en la bienaventuranza, conoce lo verdadero por la *visión*; ama lo bueno por la *posesión*; y goza lo bello por la *frucción*. ¡Necios los que escriben tratados sobre esto y no lo comprenden! ¡Felices los pequeños á quienes les será revelado en el cielo, sin necesidad de filosofías ni de vanas doctrinas!

—¿Y la Teología que dice en el particular?

—La Teología, con su príncipe Santo Tomás á la cabeza dice, que los tres hábitos de la bienaventuranza corresponden á las tres virtudes teologales: á la fe obscura, corresponde la vista clara, á la esperanza lejana, la posesión presente, y á la caridad imperfecta que no se une con su objeto, el goce y frucción perfecta del mismo. Y como en Dios están todos los bienes, al alma nada le queda que desear, en Dios todo lo tiene; en la divina esencia, como en limpio espejo, mira lo que pasa en la tierra según el grado conveniente á sus méritos.

—¿Y el alma humana es capaz de todo ello?

—Por sí misma y por sola su naturaleza no sería capaz de tal elevación y grandeza, pero Dios le sobreañade el «lumen gloriæ», lumen de gloria, cualidad que la eleva, la ensancha y la hace capaz de las celestes operaciones. «En tu lumen veremos la luz» dice David.

—¿Y qué, el cuerpo no es bienaventurado?

—Lo será cuando resucite y se una con su alma; mas antes de la resurrección ya las almas gozan de la bienaventuranza por más que los protestantes sueñen que las almas esperan á gozar hasta que se unan con sus cuerpos, delirio que la Escritura disipa, pues claro da á entender que al separarse el alma, quedando purificada, pasa inmediatamente al cielo, y tal es la doctrina de la Iglesia.

—¿Y cómo es el cuerpo, bienaventurado?

—Lo es por la bienaventuranza del alma. Siendo ésta la parte más noble del hombre, en ella había de ser bienaventurado, y sólo el sucio y grosero

Mahoma discurrió llenar su paraíso de goces materiales. Pero el alma bienaventurada, ejerce en el cuerpo un dominio tan absoluto, tan pleno y perfecto, que en virtud de él comunica a cuerpo lo que, según su substancia, puede hacerle también bienaventurado.

—Poned de ello algún ejemplo que lo aclare.

—Se lee en la vida de varios santos contemplativos, que en sus raptos ó arrobamientos, el alma era arrebatada á Dios con tal impetu que á veces llevaba consigo al cuerpo levantándolo del suelo: he aquí un ejemplo del dominio del alma santificada sobre el cuerpo; lo mismo se ve en la bilocación: San Antonio, San Ligorio y otros santos estuvieron en dos lugares á la vez, San Francisco Javier por dos días estuvo en un navio y al mismo tiempo en una barca perdida dirigiéndola él mismo, ¡hechos maravillosos, pero reales y verdaderos!

X.

Las Bodas.—Las Dotes.—San Pablo.—Cuatro aspiraciones.—A la Sanidad.—A la penetración.—A la celeridad.—A la luz.—Sabios impíos.—La ignorancia religiosa.—¡Desgraciados!—Libros del cielo.

—¿Cómo participa, pues, el cuerpo de la bienaventuranza?

—Lo hemos dicho ya, participa de redundancia del alma. Pero antes de entrar en detalles, se ha de advertir que la bienaventuranza se muestra en el Apocalipsis como las bodas del Señor con la Iglesia triunfante, y así como para las bodas de acá se obsequia á la esposa con exquisitos regalos que la adornen y embellezcan á los ojos de su esposo, á cuyos obsequios y regalos se llama dote, así el Señor, al bienaventurado adorna, obsequia y regala, ennoblece y hermosea con unas cualidades que se llaman dotes gloriosas. Al alma le tocan tres, que son la visión,

posesión y fruición de que ya hablamos. Al cuerpo le tocan otras cuatro de que ahora nos ocuparemos.

—¿Cuáles son esas cuatro dotes?

—Se derivan de un célebre pasaje del Apóstol San Pablo que dice así: «En la resurrección de los muertos se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Es sembrado en vileza, resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor; es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual, (1. Cor., XV, 42.) A la sepultura llama siembra como atrás queda explicado. Llama cuerpo espiritual al cuerpo glorificado, no porque el cuerpo se convierta en espíritu, pues dejaría de ser cuerpo, sino porque cambia sus cualidades toscas y groseras en otras, como espirituales, que lo elevan y en cierto modo lo espiritualizan, y por otra parte son muy conformes á sus instintos y aspiraciones.

—¿De qué instintos y aspiraciones habláis?

—Fijándose en lo que pasa y vemos en nuestra época, observamos que el

hombre tiene gran propensión á la salud y á la vida larga y sana. Testigo lo que hace por la higiene en las ciudades y en las habitaciones, en las escuelas y en los hospitales; testigos también la multitud de medicinas que se inventan y los medios de curar, alopatía, homeopatía, hidroterapia, electricidad, hipnotismo, etc. El hombre quiere vivir sano, y vivir mucho á todo trance.

—No sé á dónde váis.

—Paciencia! El hombre quiere penetrarlo todo, aunque sea con la imaginación; penetra con Verne al centro de la tierra y viaja al derredor del sol y de la luna; con la ciencia todo lo analiza penetrando lo íntimo de las substancias, perfora y cava, ayudado con el vapor y la electricidad, ahondando inmensas profundidades.

—¿Creo que estraviáis el camino!

—Seguidme y llegaremos: el hombre busca con furor la velocidad; ya no le basta el vapor, la rotación le lleva uno á uno como en alas redondas que apenas pisan, la electricidad le lleva á cen-

tenares en grandes vehiculos ó en pequeños por el calor impelidos. Y aun acomete con éxito el caminar por los aires que oponiendo menor resistencia á su marcha la harán más veloz.

— ¡Pero las dotes, las dotes del cuerpo!

— ¡Un poquito más! El hombre busca la claridad y la luz, hace ya de sus casas y aun de los templos meras linternas, ¡paso á la luz! y para la noche inventa modos de desterrar sus tinieblas y de hacerla esplendente como el día: los gases, la electricidad, todo lo emplea para la producción de la luz. ¡El hombre está ávido de luz!

— Sanidad, penetración, celeridad, esplendor, esto busca el hombre. ¿No es esto lo que queréis decir?

— Cabalmente. Pero lo busca con tesón, lo busca con avidez, lo quiere con pasión, aspira á ello con vehemencia inexplicable.

— ¿Y qué inferis de ello?

— Nada voy á inferir sino á aplicar. En la gloria está perfecto el objeto de todos los instintos y aspiraciones no

bles del hombre, materiales y espirituales, del cuerpo y del alma; y así como el alma sacia su sed de verdad, de bien y de belleza con sus dotes propias gloriosas, así el cuerpo debe saciar las suyas de un modo muy superior á la tierra, para que todo el hombre, cuerpo y alma, pueda decir con el profeta: «Yo quedaré saciado cuando apareciere tu gloria.» (Psalm., XVI, 15.)

— Pero esplicadlas por fin.

— Una se llama *imposibilidad*: es la exclusión de todo lo corruptible; no más dolor, ni enfermedad, frío ni calor, hambre ni sed, ni sueño; el cuerpo sano, fuerte, vigoroso, impenetrable y para siempre. Así sacia el cuerpo el anhelo de salud, robustez y perpetuidad.

— ¿Y al anhelo de penetrarlo todo?

— Corresponde la dote llamada *sutilidad*; como el Señor salió del sepulcro penetrando la losa sin abrirla y penetró en el Cenáculo sin abrir las puertas, así los cuerpos gloriosos penetrarán por todas partes, al centro mismo de la tierra si así lo quieren. Y no se alegue ser imposible, pues la luz es cuerpo y

penetra los cuerpos transparentes, y aun los opacos con los rayos misteriosos recién descubiertos, y esto aun en el mundo material. ¿Qué será en el mundo transformado y en los cuerpos glorificados? Así el hombre saciará su avidez de penetrarlo todo.

—¿Y la avidez de celeridad en el moverse?

—Quedará saciada con la dote de *agilidad*. Se sabe la velocidad de la luz, y cómo, á pesar de ser formidable, gasta millares de años en pasar de un punto á otro entre astros lejanos; pero el cuerpo glorificado, si bien no pasará de un punto á otro en un instante matemático, lo que es absurdo, pero sí en un instante físico, divisible, puede ir de una parte á otra como entre los astros y visitar la espléndida creación y saber en un día más de astronomía que todos los astrónomos seculares y con sus telescopios inmensos. Ágil y sutil, el cuerpo será el turista del universo, el viajero de la creación, el que caminará, no al derredor de la tierra en ochenta días, sino al derredor de todas las tie-

rras del cielo, como llama Flammarión á los astros.

—¿Y por qué los llama así?

—Por burlarse del cielo cristiano. No comprendió este sabio que uno es el cielo atmosférico, el cielo de las aves y de las nubes; otro el cielo astronómico, el de los astros, y otro el cielo empíreo, el de los bienaventurados.

—¿Y la cuarta dote?

—Es la *claridad*: satisface el anhelo de luz; la del cielo es incomparablemente más intensa que la del sol; sin dañar la retina, sino regalando á la vista de un modo inexplicable; en unos será mayor ó menor según sus méritos, pues dice San Pablo: «Como la estrella se diferencia de otra estrella en la claridad, así será en la resurrección de los nuestros.» (Ibid., 41.) El bienaventurado luciendo como el sol, (pues son soles las estrellas), caminando casi con la rapidez del pensamiento, penetrándolo todo y sin cansancio ni fatiga, ni languidez ni muerte, tiene ante sí la eternidad entera para conocer y admirar la creación. Y así, la realidad

supera inmensamente á las fantasías de la imaginación de nuestros tontos sabios, que aun creen en otra vida y la arreglan á su antojo.

—¿A qué ó á quién queréis aludir?

—A Figuiet, á Flammarión y á otros astrónomos impíos que nos describen la otra vida como un paseo de las almas por los astros, adhirirándolos y viendo en ellos fotografiados los hechos de la historia. Sólo que como no creen en la resurrección de los cuerpos, no se toman el trabajo de decirnos cómo el alma ve sin ojos y sin oídos escucha y toca sin manos. Y lo que irrita el ánimo es el oír al Flammarión decir que abomina el cielo de los cristianos y no comprende qué harán allí los santos eternamente encajonados en sus nichos. Por donde se ve que estos sabios nunca estudian la religión y combaten lo que ignoran, y se burlan de sus propias ficciones atribuyéndolas á la Iglesia, pues los bienaventurados no están clavados en nichos, sino que están dotados de cualidades eminentemente activas con las que se hacen due-

ños del mundo, pues por eso son llamados del Señor al reino de los cielos para reinar, para gozar perpetuamente en constante actividad.

—Desgraciados ciegos!

—Sí, son desgraciados porque su impiedad les ha de impedir gozar ni aun del cielo raquitico que han dejado pintado en sus novelas, puesto que en el abismo hay cárcel perpetua, incorrupción para nunca morir, pero pasibilidad inmensa para sentir los tormentos, tinieblas obscuras en vez de claridad, y ligaduras y cadenas en vez de agilidad.

—¿Qué libros podrán leerse para mayor instrucción acerca de la gloria?

—Hay muchos: «El Cielo,» del Padre Stanihursto, de la Compañía de Jesús, traducido del latín, antiguo; el opúsculo de Belarmino, «La Felicidad de los Santos,» «El Paraíso,» del Padre Franco, de la Compañía; las «Refutaciones de Flammarión,» del Abate Pioger (aunque tiene sus errores), y del canónigo Perujo, perfectamente ortodoxa, y sobre todo, lo que habla de la gloria el Señor Gaume, tanto en su «Catecismo

de Perseverancia» como al fin de su precioso opúsculo «Esta vida no es la vida.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XI

APENDICE

Del número de los escogidos.

—¿Podéis decir algo sobre el número de los escogidos?

—Diré con la Iglesia: «Oh Dios á quien sólo es conocido el número de los escogidos que en la eterna felicidad han de quedar colocados.» El número, pues, sólo Dios lo conoce, pero la proporción puede piadosamente indagarse. ¿Son, pues, más los que se salvan?

La cuestión es compleja.

Sí se trata de todos los hombres, como las dos terceras partes del género humano aun profesan la idolatría, y como sin la fe no hay salvación, claro es que añadiendo á esa inmensa mayoría el número de réprobos en el cristianismo, supera en mucho el de éstos al de los escogidos.

Si se considera sólo la verdadera Iglesia, que es la católica, fuera de la cual no hay salvación, aun se puede considerar de dos modos: ó en su totalidad comprendiendo todos los bautizados, ó sólo hablando de los adultos.

Del primer modo, como según la estadística mueren casi la mitad de los nacidos antes de los siete ú ocho años, añadiendo á esta mitad los adultos que se salven, ya forman un número superior los escogidos al de los réprobos.

Ahora, si se trata de sólo los adultos, debe confesarse que los santos Padres y multitud de intérpretes y doctores, como Cornelio Alápide, fundados en la frase evangélica: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos,» y en aquella otra: «Angosta es la puerta que conduce á la vida y pocos son los que la encuentran,» (Math., VII 14,) concluyen con ser más pequeño el número de los escogidos. No obstante, como el trigo es más que la paja y los peces buenos más que los malos, y los siervos que entregan buenas cuentas

de los talentos fueron dos, y uno solo el que no negoció, y uno solo fué el que se halló sin la veste nupcial en el convite de bodas, y como á los muchos se les mandó sacar *de en medio de los buenos*, y no al contrario; todo esto, que pertenece á las parábolas evangélicas, parece dar á entender que el número de los escogidos será igual y aun superior al de los réprobos.

Y así parece también exigirlo la eficacia de la sangre de Cristo y lo copioso de la Redención. Siguen esta opinión el eximio Dr. Suárez, el P. Laccordaire en una de sus célebres Conferencias, el sabio P. Faber, en su obra «El Criador y la Criatura,» y el Abate Bougaud, un autor español, Melguizo, en un volumen entero bajo el título de «Son más los que se salvan,» el P. Castelein, de la Compañía de Jesús, Tanqueray y Paquet, teólogos modernos, y últimamente el Padre Buonpensiere, de la Orden de Predicadores, en un comentario que acaba de publicar en Roma, (1902) sobre una fracción de la primera parte de la Suma de Santo To-

más. Esta doctrina no debe, en verdad, hacernos presuntuosos ni remisos en el divino servicio, sino antes alentarnos llenándonos de una dulce confianza; «pero deben deponer los cristianos, dice este sabio dominico, toda flojedad y tibieza acerca de los divinos preceptos, y aunque sean pocos, (como piamente creemos) los que se condenan, cada uno debe temer el ir á ser de este número por sus pecados;» y concluye con estas palabras que dejamos en su idioma: «Itaque animarum rector erigat animas timoratas ad confidentiam in Dei misericordia, eis suadendo maiorem numerum esse salvatorum á Christo inter catholicos eum diligentes: commoveat tepidorum animas ad poenitendum, iis exponendo rigorem justitiæ divinæ contra illos qui Evangelio non credunt: atque ita implebitur monitum Pauli: «Cum metu et tremore vestram salutem operamini.» (Philipp., II, 12.) Quiere decir: que *con temor y temblor* como amonesta San Pablo, *obremos nuestra salvación.*»

FIN.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3986

002